

## EPISODIOS DE CRISIS: MODELO LOGIT

### CONCLUSIÓN

En este libro me he concentrado en los países con ingresos medios en vías de desarrollo en el marco de la globalización comercial y financiera. Mientras que a la primera se la considera una oportunidad, la segunda es más bien un peligro o maldición: la globalización comercial es una oportunidad porque los países con ingresos medios disponen de algunas ventajas en la competencia internacional, principalmente mano de obra de bajo costo; por el contrario, la globalización financiera es una maldición porque el país que participa de ella pierde el control de su tipo de cambio, éste se sobrevalúa, crece la deuda externa, el ahorro externo sustituye al ahorro interno y el país se ve expuesto a una crisis de la balanza de pagos. Mi objetivo ha consistido en desarrollar un marco teórico capaz de explicar por qué algunos países emergentes tienen éxito al *converger*, mientras que otros no lo logran.

Detrás del análisis que desarrollé en este libro está la división actual del mundo en cuatro tipos de países: los países ricos, los de ingresos medios que crecen a gran velocidad (en su mayoría asiáticos), los de ingresos medios que crecen lentamente (principalmente en Latinoamérica) y los países pobres. Los países con ingresos medios son aquéllos que ya han completado su revolución capitalista y cuentan con un estado moderno, un mercado capaz de asignar recursos y clases empresariales y profesionales activas. En virtud de que disponen de

mano de obra barata y pueden copiar o comprar tecnología, la teoría económica vaticina que serán capaces de converger. No obstante, después de la fuerte crisis de la deuda que debieron afrontar en la década de 1980, estos países se volvieron vulnerables a las presiones y recomendaciones del norte. Éste ha sido el caso particular de los tres mayores países de Latinoamérica: Brasil, México y Argentina. Su vulnerabilidad tuvo origen no sólo en la deuda externa, sino también en el hecho de que su estrategia de crecimiento basada en la sustitución de importaciones y en la intervención estatal era anacrónica. Mientras tanto, los países del norte, bajo el liderazgo de Estados Unidos, recuperaron poder a partir de la debilidad de los países con ingresos medios, y también gracias a dos hechos positivos: la caída de la Unión Soviética y el predominio del neoliberalismo —la ideología identificada con las elites norteamericanas y su hegemonía—. Esta ideología fundamentalista de mercado apuntaba, internamente, a un estado mínimo y al debilitamiento de los sindicatos y de las burocracias estatales. Con referencia a los países con ingresos medios, esta pseudo-ortodoxia basada en altas tasas de interés y monedas sobrevaluadas es la forma que los países ricos encontraron en la práctica para neutralizar a sus competidores poseedores de mano de obra barata. A esto se sumó el globalismo —la afirmación de que los “estados-nación” habían perdido autonomía y relevancia—, de donde se desprendió que el único camino disponible para los países en desarrollo era llevar a cabo una reforma institucional y adoptar las políticas macroeconómicas recomendadas por el globalismo. Pese a ello, algunos países con ingresos medios pudieron resistir los nuevos tiempos y las nuevas verdades. China, India y Taiwán lo lograron por completo. Otros, como Corea, Indonesia, Malasia y Tailandia, se sometieron por algún tiempo al norte y sufrieron una crisis financiera en 1997, pero aprendieron la lección y regresaron al nuevo desarrollismo y al crecimiento.

Los países que adoptan el nuevo desarrollismo crecen por medio del ahorro interno, y su política macroeconómica se apoya en un simple trípode: política fiscal estricta, tasas de interés moderadas y tipos de cambio competitivos. En este libro, después de analizar la globalización, las estrategias de desarrollo nacional y la convergencia, me dediqué a estudiar la tendencia a la sobrevaluación del tipo de cambio. Puse énfasis en dos aspectos: los países deben rechazar la política de crecimiento con ahorro externo y es necesario neutralizar el mal holandés para tener un tipo de cambio competitivo —condición para las exportaciones industriales y para una estrategia de crecimiento orientada a la exportación—. Parece natural que los países ricos en capital transfieran parte de él hacia los países pobres, pero espero haber demostrado que en realidad no es eso lo que sucede. Todos los países que se desarrollaron lo hicieron esencialmente en base al ahorro interno. Cuando un país recurre al ahorro externo, es decir, a déficit de cuenta corriente, financiados con préstamos o inversiones directas extranjeras, se torna propenso a sufrir fragilidad financiera y crisis de la balanza de pagos. En tanto no se materialice una crisis, el país en desarrollo experimentará una alta tasa de sustitución de ahorro interno por ahorro externo o, en otras palabras, un aumento del consumo en lugar del aumento de la inversión. Esto es lo que sucede en todos los casos, salvo en situaciones especiales donde, debido a que el país ya está creciendo a ritmo sostenido, la propensión marginal al consumo tiende a caer. El hecho de que países como China reciban fuertes inversiones directas extranjeras no debe confundirse con el ahorro externo. En virtud de su persistente superávit de la cuenta corriente, el crecimiento de China se sustenta en el ahorro interno. Las inversiones directas en China aportan tecnología y abren nuevos mercados, pero los flujos entrantes de capital correspondientes están sobradamente compensados por las inversiones y préstamos otorgados por China en el exterior.

La neutralización del mal holandés por parte de los países en desarrollo trae muchas consecuencias internas e internacionales. Este mal consiste en el hecho de que las rentas ricardianas que benefician al país lo llevan a tener dos tipos de cambio de equilibrio, de los cuales el equilibrio industrial (que torna viables a las industrias que emplean tecnología de punta) está más apreciado que el tipo de cambio de equilibrio corriente (que equilibra intertemporalmente la cuenta corriente). La forma básica de neutralizar este mal para obtener los beneficios de las rentas sin sufrir sus efectos negativos consiste en imponer un impuesto sobre las exportaciones para desplazar la curva de la oferta del bien hacia arriba hasta el punto de contacto de los dos equilibrios. Esta política es fácil de explicar aunque difícil de implementar, dado que provoca un aumento temporario de la inflación y la consecuente caída de los salarios reales. Por otra parte, en tanto los países sean capaces de neutralizar su mal holandés, la depreciación del tipo de cambio que ha equilibrado la cuenta corriente significará necesariamente fuertes superávits de la cuenta corriente. Esto es lo que está sucediendo con los países exportadores de petróleo que están experimentando grandes superávits de cuenta corriente y constituyendo fondos soberanos de inversión. La contrapartida es el déficit de cuenta corriente de Estados Unidos. No obstante, en la medida que este proceso gane en intensidad, y más países en desarrollo neutralicen en mayor grado el mal holandés que los afecta, todos los países libres de este mal experimentarán déficit de cuenta corriente. Los países ricos seguirán creciendo, pero sus cuentas externas se equilibrarán por medio de una fuerte transferencia de activos hacia los países en vías de desarrollo.

He dividido la argumentación de este libro en dos partes. En la primera parte, desarrollé seis proposiciones de economía política: (1) el capitalismo global se caracteriza por una fuerte competencia económica, no sólo entre empresas comerciales sino además entre países o estados-nación; (2) esa com-

petencia torna a los países o estados-nación más interdependientes y relativamente menos autónomos, pero también hace que sus gobiernos se vuelvan más estratégicos porque la interdependencia deriva de la mayor competencia económica; (3) los países exitosos en la competencia global son aquellos que fortalecen a sus naciones y adoptan una estrategia de desarrollo nacional; (4) después de la segunda guerra mundial, muchos países en desarrollo adoptaron una estrategia de *desarrollo nacional* basada en la combinación de intervención estatal y emprendimiento privado que resultó exitosa para promover sus revoluciones industriales y capitalistas y transformarlos así en países con ingresos medios; (5) en la década de los '80, una gran crisis de la deuda externa y el agotamiento de la estrategia nacional liderada por el estado sumados a la hegemonía de la ideología liberal a nivel mundial llevaron a la mayoría de los países con ingresos medios (con la excepción de algunos países asiáticos) a adoptar la *ortodoxia convencional* o consenso de Washington, que provocó crisis de las balanzas de pagos y mayor desigualdad en lugar de crecimiento; (6) después de las crisis financieras de la década de los '90, y en vista de las exitosas estrategias económicas de varios países asiáticos, está surgiendo una nueva estrategia nacional —el *nuevo desarrollismo*—, al que comparo con el viejo desarrollismo nacional y con la ortodoxia convencional.

En la segunda parte presenté siete proposiciones de macroeconomía del desarrollo que son parte del abordaje del nuevo desarrollismo; se refieren a las relaciones económicas externas de los países con ingresos medios y se centran en el tipo de cambio. Esta elección no significa que el aspecto doméstico y otros precios macroeconómicos (interés, inflación, utilidad y tasas de empleo) no sean importantes, sino que, dadas las limitaciones de espacio, he optado por el precio de mayor relevancia estratégica y respecto del cual posiblemente pueda hacer un aporte original. Las proposiciones son: (1) el nuevo desarrollismo es una estrategia de la macroeconomía del desarrollo que, si bien reconoce la existencia de obstáculos del lado

de la oferta, asume que los principales obstáculos se encuentran del lado de la demanda; (2) a nivel local, el principal obstáculo es la tendencia de los salarios a crecer en menor medida que la productividad debido a la oferta ilimitada de mano de obra, mientras que, a nivel externo, el principal obstáculo es la tendencia del tipo de cambio a la sobrevaluación; (3) se entiende aquí por tipo de cambio competitivo a aquél que torna viables a las industrias de intercambio que emplean tecnología de avanzada —el tipo de cambio de *equilibrio industrial*, distinto del tipo de cambio de *equilibrio corriente* en los países expuestos al mal holandés—; (4) las dos causas estructurales detrás de la tendencia a la apreciación excesiva del tipo de cambio (el mal holandés y las mayores tasas de utilidad e interés que atraen al capital extranjero) son frecuentemente magnificadas por políticas económicas erróneas, es decir, por la política de crecimiento con ahorro externo (déficits de cuenta corriente), la profundización del capital, los anclajes del tipo de cambio, relacionados con la presunción de las “dos brechas”, y la práctica del “populismo cambiario”; para poder converger, el país en vías de desarrollo debe neutralizar esta tendencia; (5) el mal holandés es una gran falla del mercado que hace que el tipo de cambio de equilibrio corriente se aprecie en mayor medida que el tipo de cambio de equilibrio industrial (el tipo de cambio que torna viables a las industrias de intercambio que emplean tecnología de avanzada); este mal es un obstáculo fundamental para la diversificación y el desarrollo económico salvo en su etapa inicial; (6) contrariamente a la creencia general, la política de crecimiento con ahorro externo sumada a la apertura financiera no promueve el crecimiento sino que, a la larga, causa crisis financieras y, en todos los casos, un aumento artificial de los salarios y el consumo o, en otras palabras, una alta tasa de sustitución de ahorro interno por ahorro externo; (7) las crisis financieras de los países en desarrollo consisten generalmente en crisis de la balanza de pagos que derivan de una suspensión del refinanciamiento de la deuda

externa por parte de los acreedores extranjeros; a diferencia de la presunción de la economía convencional, las crisis financieras de las décadas de los '90 y principios del '00 no fueron consecuencia de déficits fiscales, sino de la política de crecimiento con ahorro externo, ingrediente esencial del consenso de Washington.

Estas 13 proposiciones implican traer de regreso al estado. En los tiempos del capitalismo industrial y de la economía del desarrollo, allá por la década de los '50, el desafío que enfrentaban los países en desarrollo consistía en industrializarse y, para ello, se suponía que el estado debía generar ahorro forzoso. En el capitalismo global, a principios del siglo XXI, los países emergentes ya han superado sus revoluciones capitalistas, se han industrializado y disponen de grandes clases trabajadoras, medias profesionales y capitalistas y de un importante mercado interno. Tienen una ventaja para *converger* —su mano de obra de bajo costo—, pero enfrentan problemas estructurales en la demanda debido a que, dado que los salarios no crecen junto con la productividad y existe una tendencia a la apreciación excesiva del tipo de cambio, las empresas comerciales carecen de oportunidades de inversión. Contrariamente a los argumentos de sus críticos, la globalización claramente ofrece una gran oportunidad para que estos países converjan, ya que genera mayores posibilidades de exportación e inversión. No obstante, a la inversa de los partidarios de la ideología liberal (a quienes llamo “globalistas”) que sostienen que los “estados-nación” pierden relevancia política debido a la globalización, muchos países con ingresos medios aprovecharon esa oportunidad gracias a su rechazo de la ortodoxia convencional o consenso de Washington. Al hacerlo, fueron capaces de definir una estrategia de desarrollo nacional; rechazaron la globalización financiera o apertura financiera; y neutralizaron la tendencia a la apreciación excesiva del tipo de cambio. Si, adicionalmente, trabajaron también para neutralizar la tendencia de los salarios a crecer a menor veloci-

dad que la productividad, fueron capaces de desarrollar grandes mercados internos, combinando así una estrategia orientada a la exportación con otra enfocada en el mercado local. Llamo a esta estrategia “nuevo desarrollismo”, y marco una diferencia con el viejo desarrollismo o la ortodoxia convencional. Para definir sus principales características, no utilicé el método hipotético-deductivo de la economía convencional, sino que me basé en las experiencias de los países asiáticos de rápido crecimiento que movieron el centro de gravedad de la economía mundial hacia el este.

En octubre de 2008, la crisis financiera que se había desatado un año antes en Estados Unidos se agravó, devino global, y se convirtió en la peor crisis sufrida por el capitalismo desde la depresión de la década de los '30. Entre los países con ingresos medios, los más castigados fueron aquéllos que no aprendieron las lecciones de los '90 e incurrieron en fuertes déficits de cuenta corriente, es decir, insistieron con la adopción de la política de crecimiento con ahorro externo. Los países de Europa del este encuadran principalmente en esta categoría. Contradictoriamente, la consecuencia inmediata de la crisis en los países en desarrollo fue una fuerte devaluación de sus monedas con relación al dólar estadounidense. La depreciación fue más aguda en Brasil y en México, entre otros países que habían permitido que sus tipos de cambio se sobrevaloraran en exceso durante los años precedentes.

Sin embargo, las crisis financieras de la década de los '90 habían vuelto a la mayoría de los países en desarrollo con ingresos medios más prudentes en materia financiera que los países ricos. Así, las consecuencias de la crisis financiera global no resultarán tan severas como lo serán en los países ricos y particularmente en Estados Unidos y el Reino Unido —países donde la ideología neoliberal fue dominante y la desregulación de los mercados financieros más pronunciada—. Estos países no adoptaron las políticas macroeconómicas erróneas que ellos mismos recomendaron a los países en desarrollo (como ya hemos analizado en esta

obra), sino una microeconómica: la desregulación del mercado. El resultado fue que, cuando se desató la crisis, sus instituciones demostraron ser más débiles que las de muchos países con ingresos medios. La regulación del mercado de valores por la Comisión de Valores brasileña (CVM), por ejemplo, demostró ser considerablemente más efectiva que la regulación del mercado de valores de EE.UU. por la Comisión de Valores estadounidense (SEC). El gobierno de Estados Unidos recomendó e impulsó afanosamente reformas institucionales en otros países, pero en definitiva fueron sus propias instituciones reguladoras del mercado las que resultaron ineficientes. Hoy día es claro que los países en desarrollo también se verán perjudicados por la crisis. La tesis de la “desconexión”, que fue popular en los mercados financieros antes de octubre de 2008, perdió toda credibilidad cuando los países en desarrollo experimentaron una fuerte devaluación de sus monedas, la caída del precio de sus commodities, la explosión de sus burbujas financieras y la manifestación de los primeros signos de cancelación de planes de inversión y de caída real del consumo.

Los desafíos que deben afrontar los países con ingresos medios son grandes. Pese a la gran crisis que enfrentan, los países ricos seguirán ejerciendo una hegemonía ideológica que neutraliza la capacidad competitiva de muchos países con ingresos medios. En mi opinión, no obstante, el ejemplo de los países que logren converger llevará a que un número creciente de los primeros adopte estrategias de desarrollo nacional. Esto, sin embargo, no representará una pérdida para los países ricos. El juego entre los países competidores será esencialmente de suma positiva y no de suma cero. Los países en desarrollo convergerán, pero los países ricos continuarán creciendo, y probablemente a un ritmo mayor que el actual. El fuerte crecimiento de China desde la década de 1970 ha reducido el peso relativo de la economía norteamericana en el mundo pero, si el crecimiento anual de China hubiera sido del dos por ciento en lugar del diez por ciento, probablemente Estados Unidos

sería hoy menos próspero de lo que es —su tasa de crecimiento habría sido inferior durante ese período—.

¿Podrán los países latinoamericanos girar hacia el nuevo desarrollismo, o están condenados a la dependencia y el subdesarrollo? La respuesta a este interrogante no es simple, pero hay claridad en cuanto a un aspecto: las condiciones que dieron lugar a la hegemonía ideológica de Estados Unidos en la década de 1990 ya no existen más. El desastre que representó la guerra de Irak es uno de los factores que conducen a ese resultado, y otro factor es la gran crisis económica de 2008; pero la causa principal es el fracaso de las reformas institucionales liberales y de las correspondientes políticas macroeconómicas neoliberales para promover el crecimiento. Cuanto más se entrega un país a la ortodoxia convencional, menor es su crecimiento. Países como Argentina y Rusia, que se sometieron por completo, sufrieron grandes crisis. Posteriormente, adoptaron estrategias nacionales y retomaron el crecimiento. A la inversa, los países que permanecieron atados a las recomendaciones de Washington, como Brasil y México, crecen más lentamente. México es un caso extremo; una nación orgullosa que cayó presa del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) —un acuerdo entre países desiguales que no favorece ni al pueblo mexicano ni al estadounidense, sino únicamente a una elite, principalmente en Estados Unidos—. México parece condenado a tener una moneda sobrevaluada en tanto continúe asociado a Estados Unidos. La totalidad de la industria manufacturera mexicana se está transformando gradualmente en una gran maquiladora. En Brasil, bajo el segundo mandato de Lula, hay señales de cambio en la dirección correcta, aunque la política macroeconómica basada en un ajuste fiscal moderado, altas tasas de interés y una moneda sobrevaluada continúa en vigor. Entre los cuatro países del BRIC (Brasil, Rusia, India y China), Brasil es de crecimiento más lento. Pese a los altos precios de los commodities exportados por Brasil, la sobrevaluación del real ha traído de vuelta el déficit de la cuenta corriente, y no hay garantías de que

las bajas tasas de crecimiento actuales puedan sostenerse. Desde 2004 la tasa de crecimiento de Brasil ha mejorado gracias a los altos precios de los commodities que exporta. Sin embargo, la política macroeconómica continúa subordinada a la ortodoxia convencional dado que una coalición política de rentistas, el sector financiero e intereses extranjeros utiliza el temor generalizado a la inflación para justificar tasas de interés increíblemente altas y un tipo de cambio sobrevaluado. No puede descartarse el regreso al poder de una alianza política desarrollista compuesta por empresarios industriales, la burocracia estatal y la clase trabajadora. El Partido de los Trabajadores de Lula está más cerca de esta coalición política alternativa que de una rentista y financiera. Pese a ello, la administración actual probablemente carezca del coraje necesario para cambiar las políticas. Será necesaria una nueva crisis de la balanza de pagos para persuadir a las elites de que la ortodoxia convencional es una pseudo-ortodoxia que favorece exclusivamente a los países ricos. Entre los países latinoamericanos, sólo Argentina ha implementado una estrategia que se acerca al nuevo desarrollismo. Probablemente Argentina haya aprendido la lección de su crisis del default de 2001 y esté en condiciones de mantener equilibrado su presupuesto, una tasa de interés moderada y un tipo de cambio competitivo. La neutralización del mal holandés por medio de retenciones es correcta, aunque enfrenta fuerte oposición interna. Por otra parte, el norte presiona a Argentina para controlar la inflación apreciando el peso. Todavía es muy pronto para pronosticar si los argentinos serán capaces de sostener las tasas de crecimiento actuales. Chile es un caso especial. Durante la década de 1990 fue el único país de Latinoamérica que impuso controles al ingreso de capital, y de esta manera preservó la competitividad cambiaria, neutralizando el mal holandés. Sin embargo, a principios de la década de 2000, Chile suscribió un tratado bilateral con Estados Unidos que redujo su margen de maniobra política. Varios otros países latinoamericanos han elegido líderes políticos nacionalistas y de iz-

quierda, pero sus posibilidades de éxito son limitadas porque se trata de países pobres caracterizados por naciones débiles y estados igualmente endeblés.

La crisis que el capitalismo sufre desde 2007 es financiera y económica, pero sus causas son también políticas y morales. La causa inmediata de la crisis fue la quiebra de bancos estadounidenses como consecuencia de la falta de pago de créditos hipotecarios que, en el marco de un mercado cada vez más desregulado, pudieron crecer sin control porque los bancos confiaron en las innovaciones financieras que les permitieron renegociar sus títulos hipotecarios de una manera que parecía más segura aun que los préstamos originales. Cuando el fraude salió a la luz y los bancos se vieron en problemas, la confianza de los consumidores y las empresas, que ya estaba sacudida, finalmente colapsó, y se buscó protección evitando el consumo y la inversión. Además, a medida que los bancos perdieron confianza, se materializó la escasez de crédito. En consecuencia, la demanda agregada se desplomó verticalmente en todas partes, y la confusión, circunscripta en un primer momento a la industria bancaria, devino crisis económica.

Ésta es una explicación razonable pero, considerando que el centro de la cuestión pasa por la confianza, pregunto: ¿se perdió la confianza como consecuencia de motivos meramente económicos –de la dinámica del ciclo económico o de la naturaleza intrínsecamente inestable del capitalismo– o esconde la crisis un problema político y moral? Ciertamente es que el sistema económico capitalista es inherentemente inestable, pero a lo largo del siglo XX hemos desarrollado una serie de instituciones que deberían, conforme a lo esperado, mitigar sustancialmente la gravedad de las crisis. Los “30 años de oro del capitalismo” posteriores al fin de la segunda guerra mundial (1945-1975) –los tiempos del nuevo estado de bienestar y de la macroeconomía keynesiana– confirmaron esta predicción: las crisis perdieron de hecho frecuencia e intensidad, aumentaron las tasas de crecimiento económico y se redujo la desigualdad.

Sin embargo, durante las últimas tres décadas –los años de la hegemonía neoliberal y de la creación de riqueza ficticia– las tasas de crecimiento se han reducido, el ingreso volvió a concentrarse en manos del dos por ciento más rico de la población, y la inestabilidad financiera se acentuó en todas partes, culminando en la crisis global de 2008 –una crisis infinitamente más severa que la modesta desaceleración económica combinada con inflación que marcó el fin de los 30 años de gloria–. Pese a la confusión entre neoliberalismo y liberalismo (una gran y necesaria ideología) y entre neoliberalismo y conservadurismo (una postura política digna de respeto), esta ideología no es ni liberal ni conservadora, sino que se caracteriza por un individualismo feroz e inmoral. Mientras que el liberalismo fue originalmente la ideología de la clase media burguesa contra la oligarquía de los terratenientes y militares, y contra un estado autocrático, el neoliberalismo, que prevaleció en el último cuarto del siglo XX, es una ideología de los ricos contra los pobres y trabajadores, y contra un estado democrático y social. Mientras que los liberales y conservadores auténticos también son “republicanos” (como los socialistas y los ambientalistas), es decir, creen en el interés público o bien común y afirman la necesidad de virtudes cívicas para asegurar lo primero, los neoliberales se oponen a la noción de interés público, abrazan un individualismo que todo lo justifica, convierten a la mano invisible en una caricatura y alientan a todos a luchar por sus intereses individuales, ya que los intereses colectivos estarán garantizados por el mercado y por la ley. La ley, a su vez, debe ser liberalizadora. ¿Cuál es el nuevo rol del estado? En lugar de identificarse con la propia ley, se ve reducido a la organización burocrática que debe aplicarla, e incluso esta tarea es llevada a cabo de manera insuficiente. ¿Y el fin del estado? Según la postura neoliberal, ser un mero “regulador”, cuando, en una muestra de doble discurso orwelliano, esta ideología prevaleciente abogaba por la desregulación general. En este perverso proceso cultural, la economía neoclásica que adoptaba un método hipotético-deductivo se convir-

tió en una meta-ideología –un conjunto de ideas “científico” y “matemático” que legitimó el individualismo de línea dura o neoliberalismo–.

La confianza, por lo tanto, no se perdió por motivos exclusivamente económicos. Además de desregular los mercados, la hegemonía neoliberal erosionó los estándares morales de la sociedad. La virtud y el civismo fueron dejados de lado, y hasta ridiculizados, en nombre una lógica de mercado dominante. Las bonificaciones por desempeño se convirtieron en el único incentivo legítimo. Los escándalos corporativos se multiplicaron. La corrupción de los funcionarios públicos y políticos se convirtió en una práctica generalizada. Ellos, a su vez, se adaptaron a los nuevos tiempos, “confirmando” así el reclamo que sostiene que no les interesa el interés público sino únicamente realizar mutuas concesiones con rentistas en pos de su elección (en el caso de los políticos) o promoción (burocratas). En lugar de considerar al estado como el principal instrumento de acción social, conforme a la expresión de racionalidad institucional que cada sociedad alcanza en su respectiva etapa de desarrollo, y como guardián legal de moralidad, la sociedad comenzó a ver al estado como una organización de funcionarios y políticos corruptos. En base a este reduccionismo político, el estado y la ley se vieron privados de moral, se redujo la importancia de los valores, y se amplió la libertad para obtener ganancias fáciles. No es casual que el libro de John Kenneth Galbraith editado en 2004 se llame *La economía del fraude inocente*. Si se lo compara con la obra del mismo autor titulada *El capitalismo americano: el concepto del poder compensador* (1952), este libro reciente del gran economista, que falleció poco después, a los 97 años, es una muestra de la declinación de los estándares éticos durante los últimos 30 años. Mientras escribía este libro estaba concentrado en criticar los males del neoliberalismo y de su meta-ideología –la economía convencional que dotaba de legitimación “científica” a esa ideología– con relación a los países con ingresos medios. La gran crisis actual, no obstante, cayó sobre los países ricos.

Este efecto bumerán es lamentable no sólo porque afecta a los pobres de los países ricos, sino además porque en última instancia daña a todos en todas partes. Sin embargo, esta crisis representa también una oportunidad para que los economistas revisen su ciencia y construyan una teoría más histórica y mas practica, y –aun más importante– para que ciudadanos y políticos se reúnan en el marco del estado democrático con el objetivo de reformar el capitalismo –en pos de conducir a la sociedad hacia el desarrollo económico, político y social sostenible–.